



**MES de la BIBLIA 2009**

**Textos bíblicos y Exégesis para el Mes de la Biblia**

La traducción de los textos de *Marcos* es propia.

Las explicaciones de los textos no son "homilias", sino sólo algunos puntos de exégesis sobre los textos del Evangelio del Domingo del Mes de la Biblia del presente año.

La finalidad, pues, no es ofrecer una meditación, sino un material para comprenderlos mejor y, a partir de ello, nutrir la meditación y el ministerio de la Palabra en relación con estos pasajes bíblicos (homilias, catequesis, reflexiones, retiros...).

+ SANTIAGO SILVA RETAMALES  
Septiembre 2009

**DOMINGO 6 de SEPTIEMBRE: 23 del Tiempo Ordinario**

**Mc 7,31-37**

**«Mirando al cielo, suspiró y dijo: "¡Effatá!"»**

<sup>31</sup> Jesús dejó el territorio de Tiro, pasó por Sidón y se dirigió de nuevo al lago de Galilea atravesando el territorio de la Decápolis. <sup>32</sup> Le llevaron a un hombre sordo y tartamudo y le suplicaban que le impusiera las manos. <sup>33</sup> Jesús lo apartó de la multitud y, a solas con él, le metió los dedos en los oídos y con su saliva le tocó la lengua. <sup>34</sup> Luego, mirando al cielo, suspiró y dijo: «¡Effatá!», que quiere decir: «¡Ábrete!». <sup>35</sup> Al momento se le abrieron los oídos, se le soltó la traba de su lengua y comenzó a hablar sin dificultad.

<sup>36</sup> Jesús les ordenó que no lo contaran a nadie, pero cuanto más insistía, más lo divulgaban. <sup>37</sup> Y llenos de asombro comentaban: «Todo lo ha hecho bien: hace oír a los sordos y hablar a los mudos».

***Curación de un sordo y tartamudo: una nueva humanidad***

Todos están llamados al banquete del Reino (Mc 7,24-30). ¿Para qué? El milagro de la curación de un hombre sordo y tartamudo, de claro sentido simbólico, nos muestra que Jesús y el Reino del Padre es principio de *nueva humanidad*. Jesús se mueve en territorio de gentiles y la ruta escogida, que no es la normal para ir al lago de Galilea (7,31), es *la ruta del misionero* preocupado por anunciar el Reino a cercanos y lejanos, a judíos y no judíos. Dos referencias al AT nos ayudan a comprender la acción de Jesús. Cuando Dios venga en persona a salvar a los oprimidos: a)- «los oídos de los sordos se abrirán», y b)- «la lengua del tartamudo cantará» (Is 35,4-6).

Por los efectos de la acción de Jesús (Mc 7,35), los lectores deducen que Jesús es quien cumple la promesa de Dios: ¡el Dios de Israel se está haciendo presente para liberar a los oprimidos, sean judíos o no! Luego, la gente afirma que Jesús «todo lo ha hecho bien» (7,37), al igual de lo que se dice de Dios cuando concluye la creación (Gén 1,31), relacionando así la acción liberadora del Hijo con la obra creadora del Padre. Si antes hubo “soplo de Dios” (2,7), ahora hay “saliva del Mesías” (Mc 7,33), que para aquella cultura es concentración de “aliento” y “agua” por lo que se le atribuye propiedades curativas y fertilizantes.

Al separar al enfermo de la muchedumbre (Mc 7,33), Jesús repite lo que hace con su nueva familia invitada a participar del Reino (6,30-32; 6,45; 7,17): no se puede ser de Jesús sin dejar la antigua vida. El Reino es la propuesta de nueva humanidad que el Padre hace presente por su Hijo no sólo para Israel, sino también para los paganos, convocados a ser hombres nuevos que escuchen a Dios (“sordo” que oye) y le respondan de corazón (“tartamudo” que habla).

Jesús con su poder (“sus dedos” en los oídos: Mc 7,33) y vitalidad de Mesías (“su saliva”) recrea a sus discípulos conforme a su ser de Hijo de Dios y Hombre perfecto: «Si alguien vive en Cristo es una nueva criatura: ¡lo viejo ha pasado y ha comenzado algo nuevo!» (2 Cor 5,17). Nuestros “suspiros” o “gemidos” -como el de Jesús (7,34)- deben ser aquella oración suscitada por el Espíritu (Rm 8,26) que anhela vivir del todo liberados de aquello que no nos permite ser buenos hijos y hermanos (8,23; ver 2 Cor 5,2-5).

**DOMINGO 13 de SEPTIEMBRE: 24 del Tiempo Ordinario**

**Mc 8,27-35**

**«¡Tú eres el Mesías!»**

Mt 16,13-23; Lc 9,18-22

<sup>27</sup> Jesús se dirigió con sus discípulos a las aldeas de Cesarea de Filipo y por el camino les preguntó: «¿Quién dice la gente que soy yo?». <sup>28</sup> Ellos le contestaron: «Algunos dicen que eres Juan el Bautista; pero otros, que Elías; y otros, que alguno de los profetas». <sup>29</sup> «Y ustedes, ¿quién dicen que soy yo?», les preguntó Jesús. Pedro, dirigiéndose a él, respondió: «¡Tú eres el Mesías!».

<sup>30</sup> Pero Jesús les ordenó que no dijeran nada a nadie.

<sup>31</sup> Jesús, entonces, comenzó a enseñarles que el Hijo del hombre debía padecer mucho, que sería rechazado por los ancianos, los jefes de los sacerdotes y los maestros de la ley, que lo matarían, pero que resucitaría después de tres días. <sup>32</sup> Y con absoluta claridad les exponía la palabra.

Pedro llevó aparte a Jesús y empezó a reprenderlo. <sup>33</sup> Pero Jesús se volvió y, en presencia de sus discípulos, reprendió a Pedro diciéndole: «¡Ponte detrás de mí, Satanás, porque no piensas como Dios, sino como los hombres!».

<sup>34</sup> Luego Jesús convocó a la gente y a sus discípulos y les dijo: «Si alguno quiere venir detrás de mí, que renuncie a sí mismo, cargue con su cruz y sígame. <sup>35</sup> Porque el que quiera salvar su vida, la perderá, pero el que pierda su vida por mí y por el evangelio, la salvará.

**Confesión de fe en el Mesías y pretensión de Pedro**

Este pasaje es central en el evangelio de Marcos, porque es una especie de “pasaje bisagra” cuya puerta nos permite pasar de la *primera sección* (Mc 1,14-8,30) a la lectura de la *segunda sección* (8,31-16,8), es decir, del tema de la identidad del Mesías a su camino de cruz como Mesías (10,32-34). Así se completa la buena nueva: Jesús de Nazaret es el Mesías (*1<sup>ra</sup>. sección*) crucificado y resucitado para salvación nuestra (*2<sup>da</sup>. sección*).

Marcos 8,27-30 es un diálogo centrado en quién es Jesús. A esta pregunta, en el mundo del siglo I y en los pueblos semitas, se responde a partir de las acciones y relaciones de las personas. Junto con los discípulos, mucha gente ha sido testigo de las obras de Jesús y de cómo se relaciona con los diversos estamentos de Israel, sobre todo dirigentes, fariseos y muchedumbre. Pueden decir, por tanto, quién es Él. A diferencia de los dirigentes (3,22), la respuesta de la gente es positiva y coincidente:

como ya lo han dicho (6,14-16), identifican a Jesús con un "profeta" según el modelo de los grandes profetas del AT, que también obraban portentos como Elías, incluso al decir que es Juan Bautista (11,32), aunque no haya hecho milagros. Según la tradición religiosa de Israel se esperaba el regreso de Elías, arrebatado en vida a los cielos (2 Re 2,11), antes de que venga el Mesías. La respuesta, pues, no considera a Jesús como Mesías, sino sólo como quien lo antecede (Mc 9,11-13). Jesús, entonces, les dirige la pregunta a su grupo, a quienes por convivir con Él son testigos privilegiados de lo que hace. Pedro -en nombre de todos- responde: «Tú eres el Mesías» (8,29).

Marcos cumple así el primer propósito de su evangelio (1,1). ¿Qué debería haber entendido Pedro? Que "Mesías" o "Cristo" es el rey, descendiente de David, enviado definitivo de Dios y ungido con el don de su Espíritu para hacer presente en Israel, y por él a todos los pueblos, el reinado de Dios como "nuestro Padre" que genera la comunión de hijos con Él y de hermanos con los demás (12,29-31). Pedro, en cambio, ¿qué, en realidad, entendió? Pedro, como el ciego de Betsaida, sólo percibe confusamente la identidad de Jesús (8,24), y así lo que sigue (8,31-33).

La pregunta: "y tú, ¿qué dices?" (Mc 8,29), espera hoy mi respuesta que ha de brotar de mi convivencia con Jesús y de mi experiencia de amor con Él. No es una respuesta sin consecuencias, pues según quién sea Jesús para mí, así será mi seguimiento. Y lo que soy debe expresarse en mis acciones y relaciones, es decir, en mi identidad.

Luego, Jesús anuncia su muerte y resurrección como característica esencial de su ser Mesías, para que Dios reine como fuente de vida y liberación (Mc 8,31-33). La donación de su vida en Jerusalén (8,31) requiere de discípulos dispuestos a seguir detrás del Maestro, a renunciar a sí mismo y a cargar con la cruz. Pedro, al igual que los demás discípulos, no entiende qué es ser "Mesías" (ver 8,29) ni aquello de "resucitar de entre los muertos" (9,10.32) por lo que reprende a Jesús por "su absurda lógica": "si en Jerusalén te van a matar, ¿para qué vas allá?". Al razonar así, Pedro asume la función de Satanás o de Adversario de Dios, pues sus anhelos (un ungido de gloria) se oponen al designio del Dios del Reino (Is 55,8-9) revelado en que "el Hijo del Hombre tiene que padecer mucho" (Mc 8,31).

En el plan del Padre, el camino de su Hijo Mesías y Profeta (Mc 8,28-29) está hecho de rechazo y muerte para dar vida, convirtiendo la realización de su destino en la manifestación plena de su vocación. Pero resucitará "a los tres días", afirmación teológica fundamentada en la certeza de que Dios no deja en la muerte a los justos que le aman (ver Os 6,2).

Jesús, renovando la elección de Pedro (Mc 1,17), no le pide que comprenda, sino que se ponga "detrás de él" -como las fórmulas de seguimiento (1,17.20)- y lo siga, ocupando el lugar que le corresponde (8,33). Esto requiere, por sobre todo, la aceptación obediente de la voluntad de Dios (3,35), que es la razón de ser de Jesús. El auténtico discípulo es quien va detrás del Maestro, siguiéndolo por su camino,

muchas veces sin entender, muchas veces con miedo, pero lleno de fe en que este proyecto divino es el que genera una humanidad nueva.

Si antes Jesús se dirigió sobre todo a la muchedumbre, desde ahora se dedicará casi exclusivamente a la formación de sus discípulos y les hablará con absoluta claridad, sin misterio alguno (ver, en cambio, 4,33).

Las exigencias de Jesús a toda la gente para seguirlo son dos: renunciar a sí mismo y cargar con su cruz. Como en tiempos de Jesús la "persona" es lo que hace y las relaciones que explican su condición actual, su identidad "es" su conducta, su oficio y sus relaciones familiares y sociales en la comunidad. Por tanto, "renunciar a sí mismo" es abandonar oficio (Mc 1,17: «Los haré pescadores de hombres»), familia sanguínea y relaciones sociales por la nueva identidad que da la aceptación del encargo de Jesús y la incorporación a "su familia", es decir, a "los suyos" que están dispuestos a perder la vida por Él y el Evangelio. Se renuncia a sí mismo, para hacer de Jesús la opción central de la vida, adquiriendo relaciones del todo nuevas.

"Cargar la cruz" es asumir las consecuencias de dicha opción: el descrédito de la sociedad de entonces por posponer a la familia, su estima social y sus prácticas religiosas, sobre todo en ambientes judíos, y la persecución declarada de los parientes por obedecer al Nazareno (Mc 3,21; ver Mt 10,24-25.34-39; Lc 14,26-27; Fil 2,8). Para "cargar la cruz", Jesús invita al discípulo a «cargar con mi yugo» (Mt 11,28-30) siempre más suave y ligero que las cargas que imponen los maestros de la Ley (Eclo 6,37; 24,22; 51,23-30; Prov 1,20ss; 8,1ss) y a sostener la esperanza escatológica en la victoria de Dios, la resurrección del Hijo del hombre y de los discípulos que compartan su vocación-destino.

La vida donada de Jesús es fuente y modelo de la vida donada del discípulo, y si el Maestro la dispuso en manos del Padre para hacer que su Reino sea oferta efectiva para todos, su discípulo está llamado a derramar la vida en fidelidad (Mc 8,35-38), para testimoniar en la historia humana la pascua de Jesús, concreción definitiva del Reino del Padre (9,1 y 16,6-7). La causa del discípulo es la causa de Jesús cuando la comunión de vida se transforma en comunión de destino.

<b>DOMINGO 20 de SEPTIEMBRE: 25 del Tiempo Ordinario</b>
--

**Mc 9,30-37****«El Hijo del hombre va a ser entregado»**

Mt 17,22-23; 18,1-5; Lc 9,43b-48

<sup>30</sup> Se fueron de allí y atravesaron Galilea. Jesús no quería que nadie lo supiera, <sup>31</sup> porque iba enseñando a sus discípulos. Les decía: «El Hijo del hombre va a ser entregado en manos de los hombres, lo matarán y a los tres días de haber muerto, resucitará».

<sup>32</sup> Ellos, aunque no entendían lo que Jesús decía, les daba miedo preguntarle.

<sup>33</sup> Entraron en Cafarnaún. Cuando ya estaba en casa, Jesús les preguntó: «¿De qué discutían por el camino?». <sup>34</sup> Se quedaron callados, porque por el camino habían discutido entre ellos quién era el más importante. <sup>35</sup> Jesús se sentó, llamó a los Doce y les dijo: «Si alguno quiere ser el primero, que se haga el último de todos y el servidor de todos».

<sup>36</sup> Luego, tomando a un niño, lo puso en medio de ellos, lo abrazó, y les dijo: <sup>37</sup> «Quien reciba en mi nombre a uno de estos niños, a mí me recibe; y quien me recibe a mí, no me recibe sólo a mí, sino también al que me envió».

***Segundo anuncio de la pasión y resurrección y enseñanza sobre el servicio***

Este anuncio de la pasión y la resurrección del Mesías encabeza el segundo (Mc 9,30-10,31) de los tres grupos de relatos que componen Marcos 8,31-10,52. Al anuncio de la muerte en Jerusalén, sigue la incompreensión y el miedo de los discípulos (9,32). La instrucción de Jesús se concentra en el servicio y en la necesidad de huir de pecados y evitar los escándalos. Este segundo grupo no termina con milagros (como los otros dos), sino con una larga enseñanza con tres temas: el matrimonio, el ejemplo de los niños y la renuncia a las riquezas por Jesús.

Caminan a través de la "Galilea", lugar del discipulado y, por lo mismo, propicio para la enseñanza. A Galilea los discípulos tendrán que volver después de la resurrección de su Señor. Mientras van de camino, la principal actividad de Jesús es dedicarse a enseñar a los suyos. Entre sus enseñanzas se cuenta el segundo anuncio de la entrega de su vida al poder violento de los hombres que causarán su muerte. Pero, a los tres días, Dios lo resucitará; todo está mejor precisado que el primer anuncio (Mc 8,31).

Los discípulos, una vez más, no comprenden y tienen miedo preguntarle (Mc 9,32). Como el niño epiléptico, ni entienden (9,25: están "sordos") ni preguntan (están "mudos"). ¿Qué no entienden? Que el Hijo del hombre sea entregado por Dios a la muerte y se deje matar por hombres impíos (gentiles, romanos). Según ellos, el "mesías" viene precisamente a vencer a los impíos, de aquí su discusión acerca de quién tendrá más poder en "el reino de este mesías" (9,34). Pero el Jesús de Marcos pierde su vida ("muere") para recuperarla y darla a todos ("a los tres días resucitará").

Luego, se inicia una serie de enseñanzas diversas (Mc 9,33-50) unidas por "palabras-ganchos": "último - niño" (9,35-36), "niño - en mi nombre" (9,37.38.39.41), "pequeño - escándalo" (9,42), "escandalizar - fuego" (9,43.47-48), "fuego - sal" (9,49), "sal - paz" (9,50).

La discusión sobre quién es el más importante coloca a los discípulos entre los tantos que confundían el mesianismo de Jesús con un reinado terreno triunfal, de dominio sobre los pueblos y de exaltación de Israel al que Dios convierte para siempre en pueblo real, profético y sacerdotal, poniéndolo a la cabeza de su Reino.

Jesús "se sienta" (postura propia del maestro) y, después de "llamar" a los Doce a "la casa" (lugar propio de la comunidad de discípulos, no ya la sinagoga), esboza una especie de regla comunitaria que ha de caracterizar a los suyos: el único puesto importante por el que deben esforzarse es el servicio a todos, enseñanza que Jesús retoma más adelante (Mc 10,41-45). Si quieren permanecer con Él deben, como Él, perder la vida en servicio gratuito por todos (8,35). El más grande en el Reino de Dios es el que más sirve, y lo hace efectiva y afectivamente.

Luego, Jesús ilustra su enseñanza con una acción ejemplar: abraza a un "niño" (*talit* en arameo: "pequeño, el que ocupa el último lugar"), acción que le permite indicar el motivo de por qué hay que servir. El servicio es acoger al otro como se haría con un niño, porque así "se abraza" al mismo Jesús y, en Jesús, al Padre celestial que lo envía. El servicio se hace "en su nombre", es decir, con sus disposiciones, en su representación y con la misma finalidad que Él lo hace. En la vida comunitaria, particularmente en aquellos que detentan autoridad (los Doce), debe haber una preferencia ineludible por acoger en "su nombre" a los pequeños y débiles. Grande de verdad es quien se abre, por el servicio, a los que no tienen grandeza, a los más pequeños, porque en ellos Jesús mismo está presente.

Tuvo que llamar enormemente la atención a los discípulos que Jesús pusiera como ejemplo a un "niño" y que lo abrace. El comportamiento habitual en aquel tiempo lo refleja Marcos 10,13: «Trajeron unos niños a Jesús para que los tocara, pero los discípulos los reprendían».

En la antigüedad y en aquella sociedad pre-industrial de carácter agrario, los "niños" eran objeto de muchos prejuicios: caprichosos, flojos, irresponsables, desagradecidos,

díscolos, desobedientes... Se les consideraba, pues, seres ignorantes, inmaduros, de poca estima (Sab 12,24-25; 1 Cor 3,1-2; 13,11). De aquí que se recomendara una educación estricta, incluso con castigos físicos (Eclo 30,1.12-13; Prov 23,13-14), que tenía por finalidad hacer que el niño fuera un modelo lo más exacto posible de su padre (Eclo 30,4).

¿Por qué Jesús pone por modelo a un niño sabiendo como era considerado? El niño de aquel tiempo se distingue por depender del todo de sus padres: en la salud y en la enfermedad, en sus derechos y deberes, en la comida, el descanso y los juegos, en su presente y futuro... Se esperaba de él una sumisa obediencia, la que redundaba en el honor de sus padres en cuanto tales (Eclo 3,1-16; 7,27-28). Jesús resalta la pequeñez y pobreza social del niño (a la par que la tríada de "huérfanos - viudas - extranjeros": 35,11-16; Dt 10,16-18; Zac 7,10) para indicar que el servicio de su discípulo tiene un destinatario preferencial: los pequeños de la comunidad y de la sociedad. Jesús con ellos se identifica.

Después del gesto ejemplar de Jesús, el discípulo no lo puede confundir con un mesías victorioso cuya finalidad es que Israel imponga su dominio sobre los otros pueblos. El Mesías Jesús, como un niño, se entrega en las manos de los hombres (Mc 9,31) para servir a todos (10,45), particularmente a los pequeños y pecadores.

<b>DOMINGO 27 de SEPTIEMBRE: 26 del Tiempo Ordinario</b>
--

**Mc 9,41-50****«Si alguno lleva a pecar a uno de estos pequeños...»**

Mt 18,6-9; 5,13; Lc 17,1-2; 14,34

<sup>41</sup> «Si alguno les da de beber un vaso de agua en mi nombre, porque son del Mesías, les aseguro que no quedará sin recompensa. <sup>42</sup> Pero si alguno lleva a pecar a uno de estos pequeños que creen en mí, sería mejor que le atasen una gran piedra de molino a su cuello y lo arrojaran al mar».

<sup>43</sup> «Si tu mano te lleva a pecar, ¡córtatela!; mejor te sería entrar manco en la vida que con las dos manos ir a parar a la Gehena<sup>a</sup>, al fuego inextinguible. [<sup>44</sup>]. <sup>45</sup> Si tu pie te lleva a pecar, ¡córtatelo!; mejor te sería entrar lisiado en la vida que con los dos pies ser arrojado a la Gehena. [<sup>46</sup>]. <sup>47</sup> Si tu ojo te lleva a pecar, ¡sácatelo!; mejor te sería entrar tuerto en el Reino de Dios que con los dos ojos ser arrojado a la Gehena, <sup>48</sup> donde el gusano no muere y el fuego no se apaga<sup>b</sup>».

<sup>49</sup> «Porque todos serán salados para el fuego. <sup>50</sup> Necesaria es la sal, pero si se vuelve insípida, ¿con qué le devolverán el sabor? ¡Tengan sal en ustedes mismos y vivan en paz unos con otros!».

***Adhesiones, rupturas radicales y testimonio***

La enseñanza de Jesús se centra en los “pequeños” de la comunidad creyente: en los actos de misericordia en favor de sus discípulos, y la salvaguarda de la integridad moral de los miembros de la comunidad. Quien obra a favor de los de Jesús tendrá una gran recompensa (Mc 9,41), pero quien sea motivo de escándalo para ellos, un terrible castigo (9,42). En seguida, Jesús indica cómo proceder para no provocar escándalos (9,43-48).

El acto de misericordia, por pequeño que sea (“dar un vaso de agua”), en beneficio de un discípulo por ser de Cristo, se da al mismo Jesús, lo que no quedará sin recompensa. Al igual, el acto de maldad y rechazo contra un pequeño por ser de Cristo (“escandalizarlo”), se hace contra el mismo Jesús, lo que no quedará sin un

<sup>a</sup> **Nota:** “Gehena”, en hebreo “Valle del Hinnón”, es un barranco al sur de Jerusalén donde se quemaba la basura de la ciudad y, tal vez, se incineraban a criminales y animales, convirtiéndose -por un lado- en sinónimo de tormento y castigo eterno (Mc 9,43) y -por otro- en lugar del juicio de Dios a los malvados (Mt 23,33). A veces se traduce por “horno, quemadero, fuego eterno o fuego que no se apaga”.

<sup>b</sup> Is 66,24.

drástico castigo. La razón es que el discípulo predica y actúa en "su nombre", es decir, es el representante, el embajador de Jesucristo, y -por tanto- lo que a él le hagan, lo hacen a quien lo envió.

La perícopa se construye con frases de *tipo casuística*: "si alguno hace esto, recibirá esto otro" (Mc 9,41.42), "si te ocurre esto, tienes que hacer esto otro" (9,43.45.47).

El verbo "escandalizar", que traducimos por "inducir al pecado", se encuentra 4 veces en Marcos 9,41-47 (vv 42.43.45.47) de las 6 que aparece en su evangelio (además en 4,17; 6,3). Presenta varios matices de significación, según su contexto literario y teológico: "incitar al pecado, hacer perder la fe, obstaculizar la fe; rechazar, abandonar; ofender; resbalar, tropezar; poner trampas, ser piedra de tropiezo". Poco tiene que ver con el significado actual de "provocar un escándalo", generalmente unido a temas relativos a la sexualidad o la corrupción.

En el presente contexto de fe y respecto a la vida comunitaria (Mc 9,41-48), el verbo significa "inducir" o "incitar a pecar". Se trata de palabras o actos de algunos en la comunidad que llevan a los "pequeños" o "sencillos" en la fe a debilitar o perder su adhesión al Señor, causándoles su perdición eterna. Pablo hablará de lo mismo cuando se refiere al comportamiento a seguir con los "débiles en la fe" (Rm 14-15; 1 Cor 8,1ss; 10,23ss). Se ve, pues, que el dominio y la prepotencia espiritual de algunos ponía en riesgo el seguimiento de Jesús por parte de los más humildes.

"Escandaliza" quien, a diferencia de Jesús (Lc 2,34), se convierte en obstáculo para la fe (Rm 14,15); "escandaliza" quien se convierte en tropiezo en el cumplimiento de la voluntad de Dios, porque piensa a lo humano, sin tener en cuenta las cosas de Dios (Mt 16,23). Quien escandaliza actúa como Satanás, el Tentador, asemejándose a los "malvados" (13,41). Es tan grave dicha conducta que Jesús indica metafóricamente que a quien escandaliza sería mejor que le aten una piedra de molino y lo arrojen al mar (Mc 9,42). Quien hace perder la fe a otro, es decir, la salvación, él también perderá la vida. Hay, sin embargo, un "escándalo positivo" que hay que superar para lograr la plena adhesión a Jesús (Rm 9,33; 1 Pe 2,6-8; Jn 6,61).

Llama la atención lo extremo del castigo para quien es causa de "escándalo": mutilarse la mano o el pie, y arrancarse el ojo. Esta forma hiperbólica de expresarse con exageraciones intencionadas es propia del estilo oriental que privilegia contrastes drásticos con el fin de llamar la atención sobre una enseñanza o comportamiento importante. Es como decir: de ninguna manera conduzcas a un pequeño al pecado separándolo de Cristo, porque el castigo es drástico: ¡tendrás que separar de ti aquel órgano de tu cuerpo que causó el escándalo!

También es posible otra interpretación. En el siglo I, la concepción "psicológica" del ser humano (si así se le puede llamar) considera al hombre compuesto de *tres dimensiones* íntimamente entrelazadas, las que se representan con miembros del

cuerpo humano en los que -se cree- dichas dimensiones radican. La *dimensión comunicativa* radica en la "boca-oidos", lo que permite al hombre hablar, darse a entender y escuchar a otros. La *dimensión ejecutiva* es gracias a las "manos-pies", que hacen posible ir y venir, construir y destruir, trabajar y viajar. La *dimensión del pensamiento emotivo* (razón, voluntad, juicio, conciencia, criterios, valoración, emociones...) radica en el "corazón-ojos", el primero concebido como una bodega (2 Cor 7,2), donde todo se guarda, y los "ojos" (únicos órganos "transparentes") es por donde ingresa lo que va a parar al "corazón" (Lc 11,34).

Así, lo que hay en el "corazón" se expresa por la "boca" (discurso; Mt 12,34; 15,18) y por las "manos - pies" (acciones). Lo que se escucha ("oidos") y se ve ("ojos") va a parar al "corazón" convertido en pensamientos y sentimientos buenos o malos (12,35; 15,19; Lc 6,45). El corazón es el órgano central del hombre, pues allí radica la conciencia personal (Eclo 37,13-14), la capacidad de reflexión y sensibilidad (Lc 2,19.51; 3,15; 5,22; 9,47) y la fuente de decisiones y proyectos, disposiciones y conductas (2 Cor 2,4; 9,7; Heb 4,12). Por eso son «dichosos los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios» (Mt 5,8). Hay también aspectos negativos ligados a cada dimensión: el poder y dominio incontrolable está unido a "manos y pies"; la mentira, la palabra que deshonra, la burla a "boca y oídos", y la ambición insaciable, el orgullo y el egoísmo al "corazón y ojos".

Desde estos parámetros de comprensión psicológica del ser humano podemos interpretar nuestro texto (y varios otros) utilizando las significaciones metafóricas. Como la "mano" y el "pie" representan la dimensión ejecutiva, "cortar mano y pie" es acabar con los actos o conductas que inducen a los que se inician en la fe al abandono de la misma, llevándolo a la condena escatológica. Como los "ojos" y el "corazón" representan la dimensión del pensamiento emotivo, "sacar el ojo" es cortar con aquellas ideas, insinuaciones, pensamientos, sentimientos... que inducen al hermano más pequeño en la fe a perder al Señor.

La norma comunitaria de proceder en estos casos es actuar con radicalidad y "cortar" las acciones y "arrancar" pensamientos y sentimientos que inciten al hermano a pecar. Lo que Jesús condena son aquellos aspectos negativos unidos a cada una de las tres dimensiones y esto es lo que hay que arrancar de raíz.

Luego, en Marcos 9,49-50, se trata de tres enigmáticas sentencias de Jesús enlazadas por el término "sal", sentencias que -con algunos retoques- circulaban como proverbios populares. Esta pequeña perícopa se une a la anterior (Mc 9,43-48) por el término "fuego" y la preposición griega *gar*.

¿Cómo interpretar las sentencias de Jesús?

La *primera sentencia* es que todos serán salados para el fuego (Mc 9,49). Como la "sal" da sabor a los alimentos y los preserva de la corrupción, se emplea en la ofrenda

de los sacrificios (Lv 2,13; Ez 43,24) o del incienso perfumado (Ex 30,35), simbolizando -por un lado- una ofrenda grata y preciosa en honor a Yahveh y -por otro- la perennidad de la alianza entre Dios y su pueblo (Nm 18,19; 2 Cro 13,5). El "fuego", por lo mismo, se refiere al que se emplea para ofrecer a Dios los holocaustos en su honor.

Por tanto, mientras el "fuego" de Marcos 9,48 es signo de "castigo eterno", el "fuego" de 9,49 es "prueba temporal" para la purificación de los que son de Jesús. Es probable que Marcos aluda a las persecuciones de la comunidad cristiana, por ejemplo, en tiempos de Nerón (54-68 dC.). La "sal" en Marcos 9,49-50 simboliza lo que se hace bello para Dios y lo que es fiel a sus ojos.

La exhortación, pues, es a hacerse -sobre todo en tiempos de prueba como la persecución- una grata y fiel ofrenda para Dios, acogiendo a los pequeños, abriéndose a todos los que obran en nombre de Jesús y evitando los escándalos mediante la autodisciplina y la superación personal (Mc 9,36.40.42).

La *segunda sentencia* de Jesús está relacionada con el sabor propio de la sal (Mc 9,50a). ¿Puede la sal, sobre todo la del Mar Muerto de una extraordinaria salinidad, perder su sabor? Si esto es muy difícil que suceda, ¿a qué se refiere Jesús? Esta sentencia se encuentra en Mateo 5,13, en el contexto del "Sermón del Monte" (Mt 5-7): el discípulo que vive las bienaventuranzas se convierte en "luz del mundo" y "sal de la tierra". Es probable que este contexto ayude a entender la sentencia de Jesús que Marcos nos transmite en un contexto literario diverso.

La "tierra" es el horno donde se cocina el pan (ver *Texto Griego* o los LXX: Job 28,5; Sal 12,7). Al ser escasa la madera, el horno se encendía con estiércol de camello y asnos impregnados de sal nueva, fácil de obtener del Mar Muerto y de extraordinaria salinidad (6 veces más que la normal). La sal mezclada con el estiércol servía de catalizador para prender el fuego y hornear el pan. Después de un tiempo largo, el componente perdía su capacidad de ignición. Se debía entonces raspar el horno, sacar la sal y renovarla con sal nueva. ¡La sal ha perdido su salinidad! Ya no sirve más que para tirarla y que la pisen los transeúntes (Mt 5,13; ver Lc 14,34-35), evitando así el polvo que se levanta por las ventiscas del desierto.

Si la sal es necesaria para la sobre vivencia de la familia y pierde su salinidad, ¿qué hay que hacer? Según Marcos, Jesús deja abierta la pregunta. Hay que recurrir a Mateo (5,13b) y Lucas (14,35) para saber que hay que tirarla y que la pisen los caminantes. Así también el discípulo: quien no es salado para el fuego (Mc 9,49) y quien no tiene sal en sí mismo (9,50b) será echado fuera, a la Gehena, «donde su gusano no muere» y ese fuego sí que «no se apaga» (9,48 que cita Is 66,24).

La *tercera sentencia* es una invitación a "tener sal" en uno mismo y a vivir en paz con todos (Mc 9,50b). La "sal" en el mundo judío es también símbolo de paz. Cuando junto al agua para tomar y lavarse se ofrece sal al huésped, consumiéndola con él, de da

un signo potente de que éste llega al hogar de un amigo, quien lo protegerá incluso con su vida, y no hablará mal de él. Tener sal en sí mismo es garantizar la paz y la palabra benevolente en el trato comunitario (1 Tes 5,13), y no sólo para los miembros de la comunidad, sino también para los de fuera (Col 4,6). Esta es la "sal" que necesitan los discípulos para vivir en concordia fraterna, sin pelearse por el poder y por ser el más importante (Mc 9,33-34).

En *conclusión*, situada en este contexto (Mc 9,33-50) las sentencias de Jesús son una exhortación a vivir una abnegada ascética, pues todos serán sometidos a la persecución y al escándalo ("fuego"), tiempos en los que se requiere "sal" (fidelidad al seguimiento). Pero si la "sal" no da "sabor" ni "fidelidad", pues se ha vuelto insípida, ¿cómo se mantendrá el seguimiento del Señor y la paz comunitaria?